

IX.

LEJOS, MUY LEJOS.

(Leon, Casa de los Pachecos, Abril 30 de 1853.)

De mi Elodia, de mi encanto,
¡Cuán léjos estoy, cuán léjos!
Sé que por igual quebranto
Debe anublar triste llanto
Ojos de mi alma espejos.

Sé que hay lábios que suspiran
Como suspiran los míos,
Que hay dos almas que se miran
En ese espacio en que giran
Los amantes desvarios.

Sé existen dos corazones
Que, á pesar de la distancia,
Son unas sus pulsaciones,
Sus memorias é ilusiones,
Y su invariable constancia.

Su imágen de amor buscando
Sé bien, para mi consuelo,
Que debo hallarla vagando
Tras de otra imágen volando
En los espacios del cielo.

Mas ¡ay! que esta certidumbre
Mi fiero dolor no amengua;
Tengo de penar costumbre
Y explicar tal pesadumbre
No ha logrado humana lengua.

A mi Elodia, á mi contento,
Para ese mundo escondida
Dejéla en triste convento,
Al aliento de mi aliento,
A la vida de mi vida.

Recuerdo ayer solamente,
Cerca de ella respirando,
Sentí dolor inclemente
Y palideció mi frente
Horas de amor recordando.

Verla un instante queria,
Pero era mi afan locura:
Mi corazon padecia
Y de mi párpado huía
El sueño en la noche oscura.

Sombra de mí mismo, erraba
Bajo aquellos altos muros,
Lloraba ¡ay de mí! lloraba,
Y á esos muros les hablaba
Tan insensibles, tan duros.

Una noche en que vertía
Radiante fulgor la luna,
Quise en mi loca porfia
Escararlos ¡qué osadía!
Mas con bien poca fortuna.

Al pié de alto campanario,
De un fresno á la sombra densa,
En el átrio solitario
De la iglesia del Santurio
Gemí en soledad inmensa.

Apenado allí veía
 El romántico Beaterio,
 Y un cipres de copa umbría
 Que en el alma producía
 Melancólico misterio.

En la vecina plazuela
 Fuente antigua murmuraba,
 Y apostado centinela
 Cerca de aquel fresno, en vela,
 Siestas y noches pasaba.

La campana me advertía
 Todas las distribuciones
 Del Convento, y presentía
 Por esto, lo que ella hacía
 Dentro de aquellas prisiones.

En vez de las dulces horas
 De amor, horas bienhadadas,
 ¡Cuántas penas punzadoras
 Asaz martirizadoras,
 Por mi llanto emponzoñadas!

A la intempérie vivía,
 Al sol, al sereno, al aire,
 Blasfemaba y maldecía
 Y entre mas me consumía
 Era mayor mi desaire.

Desde la misa primera
 A aquel templo penetraba,
 Y al concluirse la postrera
 A la hermosa prisionera
 Todavía la buscaba.

Llegó un día en que partir
 Me ordenó crudo deber;
 Adios la quise decir,
 Y sintiéndome morir
 No la pude entónces ver.

Clara la luna lucía
 El Convento iluminando,
 Pronto la aurora vendría,
 Y en tanto me despedía
 De aquellos muros llorando.

Fué aquella tan honda pena,
 Que mi madre al abrazar
 No pudo verme serena
 Y la ví, de angustia llena,
 Por vez primera llorar.

Léjos de Guadalajara
 Vino á sorprenderme el día:
 Por mas que disimulara
 Cubrióme el llanto la cara
 Y el alma se me partía.

¿Hasta cuando, Dios clemente,
 Quietud hallará mi anhelo?
 Concédeme solamente
 Que hunda en el polvo mi frente
 Mientras que me abres el cielo.



X.

PIEDAD DE MI.

(Aguas Calientes, Casa de Teran, Setiembre 17 de 1853.)

I.

Mi fin cercano me advierte
 Voz que escucho noche y dia;
 Va á herir mi frente sombría
 La guadaña de la muerte.
 Sin fuerzas, pálido, inerte,
 Te amo, Elodia, todavía;
 Por tí no mas, vida mia,
 Mi alma á Dios se convierte.
 Dejo este valle profundo,
 Valle de lágrimas, suelo
 Para el amor infecundo:
 Tras de la tumba ¡oh consuelo!
 Algun dia, en otro mundo
 Me encontrarás. ¡Hasta el cielo!

II.

Amor mi lábio te jura
 En este trance violento,
 Por tus dolores sin cuento,
 Por tu cáliz de amargura.
 Piedad, piedad. alma pura,
 Pueda mi remordimiento
 Dar tregua á tu sentimiento
 Y alivio á tu desventura.
 ¡Adios! me voy; tanto, tanto
 Te quise. Dios me perdone,
 Y al pié de su trono santo
 Tus infortunios me abone,
 Me redima allí tu llanto,
 Tu amor de luz me corone.

XI.

LAMENTOS DEL CORAZON.

(Casa de los Hijares, Junio 13 de 1854.)

Despues de tantos, tantos
 Y hondísimos pesares,
 Torno á los patrios lares,
 Roído el corazon.
 ¿Qué fué de mis encantos?
 ¿Qué fué de aquella dicha?
 Genio de la desdicha
 Mi gloria se extinguió.

Guadalajara hermosa,
 Me encuentro ya en tu seno,
 Vierte el lábio veneno
 Y en tu recinto estoy.
 ¿Qué ha sido de la rosa
 De galas peregrinas
 Que cándida, entre espinas,
 Para mi mal nació?

¿Por qué, por qué no vuelo
 A su precioso lado?
 ¿Mi Elodia me ha olvidado?
 ¿Su mismo amante soy?
 Juré amarla hasta el cielo
 Y ella juró lo mismo;
 ¿De nuestra fé, el abismo
 Fiero y fatal triunfó?

¿Qué fuerza irresistible
 Me arrastra omnipotente?
 El alma la presiente
 Con honda turbacion.

Cual mármol insensible
Yo cumplo una promesa,
La voluntad espresa
De una alma superior.

Una historia perdida
Dormía en mi memoria,
Y hoy recuerdo esa historia
De llanto y de afliccion.
Su imágen tan querida
De otro tiempo dichoso
Recuerdo doloroso
En mi alma despertó.
Y vuelve ¡ay! del pasado
A renovar heridas,
Memorias no estinguidas
De dicha y de pasion.
La fiebre ha envenenado
La sangre de mis venas;
Tornan las dulces penas
Que el alma ayer sintió.

Tu compasion anhelo,
¡Piedad del que te adora!
¡Piedad del que te implora
Como si fueras Dios!
Hasta el cielo, hasta el cielo
Juré amarte, alma mia,
Y entónces todavía
Serás mi adoracion.—

Allí á un balcon se asoma
De la vecina casa:
¿Qué pasa ¡ay Dios! qué pasa
Allá en su corazon?

¡Oh cándida paloma!
En tu alba tez se advierte
La palidez de muerte
De enfermedad de amor.

¿Es mi perdido encanto?
¡Dios mio! ¿es ella, es ella?
Angel mártir ¡cuán bella!
¿Por qué, por qué me amó?
Me arranca triste llanto
Recóndito recuerdo,
De otra época me acuerdo
Y es hondo mi dolor.

Mi Elodia, ¿ni un saludo
Despues de tantos dias
De lentas agonías,
De llanto y decepcion?
¿Quién arrastrarte pudo
A tal indiferencia?
¿Por qué, tras larga ausencia,
Vernos así los dos?

Ciñe oprimiendo el talle
De mi gentil señora.
Con gracia seductora
Un traje de crespon.
Se apiña en la ancha calle,
Frente á *Jesus Maria*,
Turba del pueblo pía
Con religioso ardor.

Que al templo santo llega
La Vírgen Zapopana
Con pompa soberana,
En triunfo y procesion.

Flores el pueblo riega,
 Danza el garrido coro,
 Y hay música en el coro,
 Luce soberbio el sol.

Verte por vez primera
 Y en tan hermoso día,
 ¿No es bárbara ironía
 De mi destino atroz?
 ¡Muera á tus plantas, muera,
 Sin esperanza alguna,
 Cual pária sin fortuna
 Tu mísero amador!

Que en destierro angustioso
 Clamaba y no me oían,
 Lloraba y se reían
 De mí, sin compasión.
 Proscrito y sin reposo
 Vagaba infortunado;
 Nadie es mas desgraciado,
 Mas mísero que yo.

¿Por qué, cielo iracundo
 El separarnos quieren?
 ¿Por qué, por qué nos hieren
 Con hierro matador?
 ¡Oh mundo, infame mundo,
 ¿Por qué me la arrebatas
 Y, al mismo tiempo, matas
 El alma de los dos?

¿Por qué, por qué la he visto
 De nuevo tan hermosa,
 Cual vírgen misteriosa
 Del claustro del Señor?

Ah! no, ya no resisto,
 Mi juramento es vano,
 Destino asaz tirano
 Del lábio lo arrancó.

¿Por qué, por qué se gozan
 En su tenaz martirio,
 Burlando ese delirio
 De mi profundo amor?
 Mi corazón destrozan,
 Perdí toda esperanza,
 Ningun consuelo alcanza
 Quien sufre esta aflicción.

Entre áridos abrojos,
 Mas ideal, mas pura,
 Un velo de amargura
 Tu frente oscureció.
 Secáronse tus ojos
 Sin dichas y sin calma,
 Traspasando el alma
 Tu risa de dolor.

Perdóname y al punto
 Olvídame en la tierra,
 Deja que en cruda guerra
 Perezca el corazón.
 Del mal tal vez trasunto
 No puedo merecerte,
 Que el hombre de la muerte
 Para mi Elodia soy.



EL CARMEN.

(Casa de Carreon, Julio 16 de 1854.)

I.

Será magnífico este año.
 Sin par el Córpus del Cármen;
 Grandiosos preparativos
 Para la fiesta se hacen,
 Serán clásicos maitines
 Los que habrán de celebrarse;
 Aumentándose la orquesta
 Del gran maestro Gonzalez,
 La voz de Garay divina
 Se oirá en soberbios pasages;
 Y será la misa magna
 De Rossini ó de Perciani,
 Y el sermon será cumplido,
 Una oratoria elegante.
 De fama hace muchos años
 Ha sido el Córpus del Cármen,
 De diez leguas en contorno
 Concurrían por gozalle.
 Magüer que el mesmo cronista
 Que escribe aquestos romances,
 Alcanzó á ver, siendo niño,
 Los celebrados gigantes,
 Las noches de luminarias,
 Los puestos que en plaza y calles
 Las enramadas lucían
 Y deliciosos manjares,
 Para la gente del pueblo
 Que hallaba siempre agradable
 Esa fiesta de la Virgen
 En aquel barrio del Cármen.

Esa gran magnificencia
 Que desplegaban los frailes
 En sus solemnes funciones,
 En sus ceremonias grandes.
 Cual opulentos señores
 De aquellos tiempos feudales,
 Abundaban y eran ricos
 En valiosas heredades.
 Era un prodigio de gloria
 Esta religion del Cármen,
 Fecunda en hijos ilustres,
 En sábios infatigables.
 Sus oradores sagrados
 Forman crecida falange,
 Mucho les debe la ciencia,
 El génio, la escuela, el arte.
 Hoy que son vulgo los nobles
 Y los plebeyos son grandes.
 Que es la bajada tan pronta
 Y la subida tan fácil;
 La órden de los Carmelos
 Cae del siglo al embate,
 Cual árbol que se arvejece,
 Mas siempre lozano y grande.
 Uno á uno hasta el sepulcro
 Han descendido los frailes
 Y hoy solo memorias quedan
 De sus prodigios de ántes.
 Mas todo Guadalajara
 Corre á la Iglesia del Cármen
 A asistir á esos maitines,
 A rezar en sus altares;
 A oír á sus oradores
 Eruditos y brillantes,
 A mirar sus procesiones
 Sus fuegos artificiales.

Visita su monumento
 Que es en verdad admirable
 Por su sencillez soberbia,
 Por su magestad triunfante.
 Ván á la Iglesia los fieles
 Los sábados en la tarde
 Para escuchar de rodillas
 El cántico de la Salve.
 Les placen mucho á sus almas
 Los sermones cuaresmales,
 Que allí la oracion se eleva
 En las álas de los ángeles.
 Es la Iglesia que está en moda,
 La Iglesia de los amantes,
 Partehenon de los artistas
 Y templo de las beldades.
 ¡Qué concurso el Juéves Santo
 Lujoso y gentil lo invade,
 Y ocupa el inmenso espacio
 De la dilatada nave!
 ¡Qué salmodias se escuchan!
 Llorosa flauta allí tañen
 En la enlutada Capilla
 Cubierta de paños grandes.
 Asomando entre los pinos
 La santa y doliente Imágen,
 Y en las breñas floreciendo
 Las azucenas fragantes.
 ¡Qué quejas de las palomas,
 De las palomas torcaces
 Escondidas tras los pliegues
 De los negros cortinages!
 ¡Qué iluminacion soberbia!
 ¡Qué riqueza en los altares!
 ¡Qué música la del coro!
 ¡Qué olor de rosas y de ámbares!

Entre guirnaldas de flores
 Lucen cual astros radiantes,
 En las estátuas doradas
 Vivas yendo á reflejarse.
 Las mil luces de los cirios
 Que sus destellos esparcen.
 Centellea el Tabernáculo
 Y los soberbios altares,
 Las columnas y los nichos,
 Los sagrarios y frontales,
 Como el bazar de un joyero
 Lanzan reflejos constantes,
 Que el oro y la argentería
 Se ofrecen por todas partes.
 ¡Cuál las cornizas sustentan
 Candelabros elegantes,
 Vasos de hermoso alabastro,
 Jarras de preciados mármoles.
 Las macetas japonesas
 Llenas de flores fragantes,
 Las preciosas porcelanas,
 Los bellos grupos de jazpe!
 Visten los sagrados muros
 Los espesos cortinages,
 Y de la bóveda cuelgan
 De primorosos metales
 Régias lámparas bruñidas,
 De gasa aéreos celages.
 Es el presbiterio santo
 Con sus mil preciosidades
 Un jardin en que se miran
 Gayas flores apiñarse.
 Ramilletes suspendidos
 De arcos de limpios cristales,
 Guias de hojas y de flores
 Aprisionan con donaire

Las estucadas columnas,
 Los braceros perfumantes.
 Siempre es el mas concurrido
 El monumento del Cármen,
 Que el maravilloso templo
 Digno es de magnificarse.

II.

Doquier se disputa egrégio
 La supremacía el arte,
 Ya en soberbias esculturas,
 O ya en cuadros admirables.
 Cuando el órgano se escucha,
 Parece en coro los ángeles
 Tocan símbalos de oro,
 Tañen flautas celestiales.
 Tomando el crucero izquierdo
 Se entra á una Capilla grande,
 En donde recibe culto
 Bella y soberana Imágen,
 Guatemalteca escultura
 De una belleza inefable.
 Soberbia es la sacristia,
 Ricos todos los detalles
 Y magestuoso el conjunto
 De esta Iglesia incomparable.
 La arquitectura del templo
 Es como un triunfo del arte,
 Y el Convento en consonancia
 Es magnífico y muy grande.
 Son bellos y silenciosos
 Sus pátiros cubiertos de árboles,
 Y cual sus estensos claustros
 Pocos habrán de encontrarse.

Doquier véense en las paredes
 Clásicas sentencias graves,
 Versículos de la Biblia,
 O celebrados pasages
 En estrangeros idiomas
 A los sabios familiares,
 O en los misteriosos signos
 De hiperbólico language!
 Pinturas al fresco adornan
 Los muros interminables,
 Las lúgubres galerías
 Y el antecoro gigante.
 El salon abovedado
De profundis, donde arde
 Frente al sepulcro de Cristo
 Un farol agonizante,
 Y que escasamente alumbra
 A un grupo de hermosos ángeles
 Que lloran allí en silencio
 Con tristeza inconsolable.
 Abarrotadas ventanas
 Dejan apénas que pase
 Del triste jardin contiguo
 La luz entre los ramages.
 Huecos resuenan los pasos
 Que el éco hace prolongarse;
 La voz se pierde en aquellas
 Galerias sepulcrales.
 Los corredores de bóveda
 Tienen amplitud bastante,
 Y son de labrada piedra
 Sus arcos monumentales.
 Soberbia es la linternilla
 De su escalera arrogante;
 Subiendo á la mano izquierda
 Se vé en una celda á un fraile

Que en un sillón de baqueta
 Lee un libro venerable.
 Pisa el viagero un resorte
 Oculto, y en ese instante
 Lo saluda el religioso
 Con el ademán más grave.
 Al torcer á la derecha
 Tras de un cancel elegante,
 Está una antigua Capilla
 Con otra Virgen del Cármen.
 Los bellos claustros ostentan
 Curiosas antigüedades,
 Antidiluvianos fósiles
 Y los bustos de hombres grandes.
 Mitológicas figuras,
 Fabulosos personajes,
 Y filósofos y artistas,
 Y guerreros y magnates.
 Es vasta su biblioteca,
 Rica en mil curiosidades
 Bibliográficas, y rica
 En libros de todas clases.
 Dotada de manuscritos
 Y de preciosos anales,
 Encierra raros autores
 Y obras por cierto inmortales.
 En secciones dividida
 Revela al más ignorante
 Cuanto en diversas materias
 El bibliotecario sabe.
 Y mesas hay con esferas,
 Y sillones abaciales;
 Idolos, armas y conchas,
 Y algunos dioses penates.
 Vasos etruscos, medallas
 Antiguas, mosaicos árabes,

Mapas indígenas, flechas,
 Macanas, plumas, collares,
 Que adornan los anchos muros
 Y los preciosos estantes.
 Y pinturas de gran mérito
 Cuelgan con raro donaire
 Prestando encanto á la vista
 Y al alma cumplido ensanche.
 Hacia la vecina plaza
 Dán sus ventanas, y place
 Tender la vista á lo léjos
 Que es magnífico el paisaje.
 Pueblan la espaciosa huerta
 Ricos árboles frutales
 Y de floridos arbustos
 Plantaron aquellas calles.
 Antigua fuente de piedra
 Se ve, que esparcía ántes
 Trozo de agua cristalina,
 Pura, fresca, murmurante.
 En el tiempo en que esa huerta
 Era como un bosque grande,
 Y alzábanse en su recinto
 Entre el umbrío follaje
 Aquel convento pequeño,
 Retiro para los frailes,
 De soledad deleitosa
 Y de solaz envidiable;
 La hermita de San Elías
 Que hoy triste en escombros yace,
 Bosquecillos de naranjos
 Y florestas de rosales.
 Había en aquel Convento
 Muchos reverendos padres,
 Prez de la órden gloriosa
 Y de las ciencias baluarte.

III.

En el borde de esa fuente
 De que hablé, dos años hace,
 Sentéme en día como este
 Bajo el frondoso ramage,
 Con un amigo poeta,
 Ciego adorador del arte,
 Y allí me leyó las cartas
 De su enamorado arcángel.
 Hoy he asistido á la misa
 Y con llanto en el semblante
 He visto á mi triste Elodia
 Postrada ante los altares.
 Recordando cuantas veces
 Allí la ví arrodillarse,
 Entre las nubes de incienso
 Plegando sus álas de ángel.
 Fué en otro tiempo que nunca
 Mas volverá. Niña mártir,
 Pálida está cual la rosa
 Que azotan los vendavales.
 Su plegaria es la del náufrago
 En los borrascosos mares;
 Tal vez consoló su pena
 La hermosa Vírgen del Cármen.
 Todo el barrio está de fiesta
 Que hay procesion en la tarde
 Y el vecindario engalana,
 Riega, encortina las calles.
 Capa espesa cubre el cielo
 De nubes amenazantes,
 Cantan algunos zenzontlis,
 Es fresco, oloroso el aire.

Espléndida estuvo, espléndida
 La procesion de en la tarde;
 Lucieron muchas hermosas
 Los estrados de las calles.
 Frente de *Jesus Maria*
 Ví que asomaba mi arcángel
 A un balcon, y era sencillo
 Blanco y aéreo su trage.
 Una rosa té asomaba
 Entre las ondas suaves
 De su castaño cabello
 Recogido con donaire.
 Desde el átrio la veía
 Palidecer, sonrojarse,
 Temblar tímida á mis ojos
 Como la hoja en el árbol.
 Al corazon en borrasca
 Quise sugetar en balde,
 Y una lágrima rebelde
 Quemó mi ajado semblante.
 Pensé decirla mi angustia
 Y ante el mundo, en mi corage,
 Arrancar de su alba frente
 La corona de los mártires.
 ¡No! Tantos años de penas,
 De amor, ¡cómo han de olvidarse?
 Mi costoso sacrificio
 ¿Podrá comprenderlo nadie?
 Recuerdas, Elodia mia,
 Cómo gozábamos ántes,
 Y se hace tu alma pedazos
 En este Córpus del Cármen.

